

LA ANTIGUA TAHA DE MARCHENA. NOTAS PARA SU ESTUDIO ARQUEOLOGICO

Por

Lorenzo Cara Barrionuevo
Juana M.^a Rodríguez López

El asentamiento medieval de Marchena (Marshāna) es uno de los despoblados musulmanes, de carácter amurallado, más complejos de la provincia. Enclavado en un cerro que emerge del valle del río Andarax, se sitúa a 130 m sobre el terreno circundante, en el término municipal de Terque. Domina una amplia zona comprendida en el valle medio-bajo del Andarax y la del río Nacimiento o Alboloduy, vía natural de comunicación entre Almería y Granada hasta la construcción de las modernas comunicaciones. Fue por esto por lo que se superpuso a las murallas que protegían a la población, y que se extendían en las dos plataformas de la ladera más accesible, una potente fortaleza, baluarte fundamental de la zona meridional de la provincia. De esta manera, Marchena junto a Tabernas, que defendía por su parte a la capital de la Cora de Peŷŷina en el camino hacia el Levante almeriense y en especial hacia Vera (centro fronterizo de la misma), destacan como dos piezas fundamentales en el engranaje defensivo nazari de retaguardia.

Pero el asentamiento participaba además del carácter de una zona montañosa de compleja orografía como era La Alpujarra. En ella, en las diversas zonas y comarcas en las que se establecieron las jurisdicciones administrativas de las tahas, eran especialmente escasas las poblaciones numerosas en habitantes y amuralladas. Marchena, junto a Berja (Villavieja), es uno de los escasos ejemplos de control urbano dentro de estos paisajes montuosos, precisamente en las zonas fronterizas, abiertas a mayor contacto y relación. Su carácter, con ser de compleja explicación, está justificado en las amplias posibilidades económicas de algunas zonas basadas en el cultivo de las vegas de regadío. Marchena también destaca por ser hasta el presente el único asentamiento musulmán de la zona en el que se hayan encontrado, aunque escasísimos, restos arqueológicos romanos (1), lo que bien pudiera significar una cierta perduración de hábitat en el asentamiento.

Con ser el más importante de su entorno geográfico natural, ha sido víctima de un constante expolio, amparado en las leyendas habituales y en algunos hallazgos muy ocasionales (tesorillos de Bentarique y Terque, 1896 y 1982). El resultado ha sido el lamentable estado de algunas zonas del yacimiento y la destrucción de muchas estructuras (2).

HISTORIA DE UN ASENTAMIENTO

La primera noticia que recogen los autores hispano-musulmanes sobre Marchena hace referencia a la revuelta de Ibn Hafsun. Una vez muerto este y pacificada la zona, Abd-al-Rahman III impuso como gobernador a Ahmad Ibn Muhammad (Crónica anónima, 1950:139-40). Contemporáneo a este hecho y dentro del apogeo económico y de las necesidades defensivas de Pechina, esta ciudad había mandado fundar nuevas poblaciones en el valle del Andarax y otros lugares. Estos establecimientos, según Ibn Ḥayyān, eran Alhama, Alhabia, Purchena (?), Alía, Bentarique, Níjar y «otros muchos». Es interesante hacer notar la cercanía de algunas de estas poblaciones a Marchena (Fig. 7) que disfrutaba sobre ellas de una posición estratégica excepcional, lo que de alguna manera nos habla de la pronta utilización del asentamiento como baluarte defensivo y del entendimiento que tuvo que haber entre el mando militar de la fortaleza y Baḡyāna para repoblar la zona.

En las fuentes de la época, el asentamiento es citado como un *ḥiṣn*, cuya traducción por «castillo» está sujeta a alguna controversia. Para Dalliere-Benelhadj (1982: 64) podía designar una villa fuertemente fortificada, pero jamás integrada en un ámbito urbano. Probablemente los antiguos *ḥiṣn* fueran estructuras especialmente defensivas, de amplias posibilidades estratégicas, basadas en la protección de una vía de comunicación, un recurso crucial o una población importante. En este caso lo que definiría su función principal sería este primer elemento, al dominar desde una altura y visualidad privilegiada las comunicaciones en el valle medio del Andarax y el camino de Granada a Almería, cuya descripción debemos a El Idrisí (García, 1950/62: 199).

Basándonos en las descripciones, a veces contradictorias de El Udrí, El Idrisí y otros podemos intentar reconstruir el tratamiento que recibió el asentamiento en el s. XI. Marchena pasó a encabezar, entonces, uno de los *iqḷīm* o climas en los que se dividía la cora de Ilbira, mientras que para El Idrisí era «castillo» de la Cora de Baḡyāna, y «fortaleza perfectamente construida y poblada y en muy buena posición». Con ello se refuerza su carácter protector, que vertebraba la línea defensiva nor-occidental de Baḡyāna-al María. Desconocemos que importancia administrativa real tuvieron los *iqḷīm* y de que carácter fue éste, sin embargo, poco más tarde (s. XII), Marchena fue comprendida en el *iqḷīm* de Urdj Qays, junto a Mondújar y Alboloduy, ambos lugares fortificados (Torres Delgado, 1974: 385-6).

A partir de este momento las demás menciones que hemos podido recoger de Marchena siempre hacen referencia a su valor defensivo, sobre todo como enclave fundamental en la protección de Almería, por lo que es de suponer que habría dejado de ser un pequeño *ḥiṣn* para transformarse en una importante y compleja fortaleza. Así, cuando los almorávides sitiaron Almería (1090), se fue a ocuparla

para consolidar sus posiciones y evitar problemas en la retaguardia (Tapia, 1976: 329).

Es de suponer, aunque no conozcamos fuentes que lo aseguren, que con la conquista cristiana de Almería, realizada en el 1147 por Alfonso VII, fuera necesario el refuerzo de las fortalezas más cercanas. Por esto no deja de ser improbable que algunos de los sistemas defensivos conservados sean de la época.

Poco después (inicios del s. XIII) Ibn al-Ramini le encomendó la alcaldía de la fortaleza a Ibn Mahib al-Lajmi.

Un hecho fundamental para conocer el funcionamiento del sistema defensivo que todos estos continuos avatares había creado, fue el intento de conquista de Almería por Jaime II en el 1309. Entonces para dificultar las operaciones de asedio y tenerlos bajo constante vigilancia, el rey nazarí (Muhammad III) situó una guarnición en la fortaleza de Marchena. Las tropas situadas en la fortaleza eran las africanas de choque, formadas por algaradores magribíes capitaneados por un marini rebelde. Después de fortificar el asentamiento, los granadinos hostigaron a los aragoneses hasta que estos levantaron el cerco (Tapia, 1978: 236).

Por aquella época fue alcaide de Marchena el gramático, médico y poeta, Mohammad Giafar Albelbas, de Almería, que escribió varias obras (Lafuente, 1846: 204).

Los alcaides, que controlaban las fortalezas de la Alpujarra dentro de un sistema administrativo particular como era el de las tahas, dieron origen a los gobernadores granadinos (3) cuando fueron creadas las tahas del período nazarí (Torres, 1974: 368). Entonces en algunas de ellas se intentó establecer un sistema semifeudal, semejante en parte al que se impuso tras la conquista cristiana. De esta manera, algunas familias importantes granadinas pretendían tener derechos particulares sobre ciertas zonas como la presente. En el 1476, cuando el hijo mayor de Yusuf IV, Ibn Salin, no tuvo la fuerza necesaria para suceder a su padre, se retiró a su «señorío» de la taha de Marchena (Tapia, 1978: 363).

Más tarde, Boabdil intentó invadir las tahas de Alboloduy y Marchena en Julio de 1490. Resistió el primero al mando de María de Acuña pero no el segundo que defendía Pedro de Calatayud (Jover, 1914: 105).

Pero los datos más tardíos nos lo suministran las crónicas que relatan el levantamiento mudéjar de 1500 motivado por la política intolerante del arzobispo de Toledo Jiménez de Cisneros. La cabalgada cuya finalidad era reprimir la sublevación de los mudéjares de Marchena, fue dirigida por Pedro Fajardo que salió de Murcia el 28 de Enero del mismo año al mando de cien lanzas y quinientos peones. La hueste murciana se vio detenida en un angosto paso (Galachar?) pero tras derrotarlos alcanzaron Alhama, apoderándose de la villa y fortaleza. Esta victoria con más de doscientos muertos y otros tantos heridos entre los moriscos, obligó a los sitiadores de Marchena a retirarse a Las Alpujarras (Martínez, 1984: 77). Sería a partir de entonces, si no antes, cuando Marchena quedó despoblada,

ya que una población morisca era una amenaza potencial para una fortaleza de su importancia, y cuando quedaría destruida la fortaleza de Alhama (Los Castillejos).

DESCRIPCION DE LAS ESTRUCTURAS DE FORTIFICACION

El poblamiento se extiende en tres terrazas consecutivas, ocupando la última, más elevada y pequeña, el reducto central de fortificación. Podemos distinguir dos estructuras defensivas diferenciadas:

RECINTOS MURADOS

El primer recinto presenta los cimientos derruidos de la muralla con un torreón adosado, próximo a la vereda que hoy marca el acceso más fácil al interior del yacimiento. Este es sin duda uno de los ingresos a la población más factibles, permitiendo, como era habitual, la comunicación con las aldeas y alquerías próximas a través de los caminos rurales.

Compuesta por *tābiya** de tierra sobre zócalo de mampostería, su conservación, y por tanto su observación superficial, es muy deficiente (Fig. 1, 1).

La segunda plataforma, estrecha e inclinada, presenta un muro recto en uno de cuyos extremos se ha podido observar el basamento de un torreón. Como en el caso anterior no se han podido apreciar número, forma y dimensiones de estas estructuras, aunque aparecen sillares de arenisca (Fig. 1, 2). Al interior, pequeños levantamientos de tierra señalan la presencia de antiguos muros, quizá un cerramiento simple, que a ambos lados de la plataforma demarcaría el área del poblamiento. La poca altura y consistencia de estos restos evidencia nuevamente su naturaleza pobre y deleznable por lo que habríamos de pensar en el tapial para su construcción. Más al Oeste, y en la vertiente superior, aparece un posible muro de contención que sigue una línea recta.

La sencillez de la muralla, (cerca simple con algunos torreones adosados), contrasta con las amplias posibilidades defensivas de un cerro testigo de elevada altura y escarpadas pendientes. La disposición de la población es la típica que habría de esperar, ocupando la ladera más accesible, bajo la protección de la alcazaba que corona la cima del cerro.

* *tābiya*: encofrado de tierra (tapial) o mortero.

EL REDUCTO CENTRAL DE FORTIFICACION

Adaptándose a la morfología de la cumbre del cerro, el «castillo» presenta una estructura simétrica que aún puede observarse a través de su no demasiado bien conservado recinto.

La obra general es de mampostería, con tierra y yeso como trabante. Una única excepción se encuentra en el llamado «Libro de Mahoma» (Fig. 2, 1), lienzo de muralla de *tābiya* de mortero (hormigón) que se desplazó sobre la ladera oeste ya que la erosión hizo caer en toda su obra. Precisamente, en uno de sus extremos es probable que se situara el arranque de un torreón de escaso relieve, hoy mal conservado (lam. 4). En él quiere la tradición popular ver escritas imposibles palabras que no son más que ranuras que ha producido la erosión.

Los torreones, al parecer en número de seis tal y como se presentan en la figura 2, adoptan forma rectangular y mantienen los ángulos redondeados, lo que puede deberse a una tardía imitación de los de las fortalezas cristianas (Torres Balbás, 1972, II: 580). El ejemplo más representativo aunque no el mejor conservado es el conocido popularmente como «La garita» (Fig. 2, 2 y lám. 1).

En el caso de que se confirme, puede suponerse por los restos aún visibles la presencia de un adarve, al menos en el muro de gran grosor que se extiende en la zona Sureste y posiblemente también en el lienzo Este, siguiendo el flanco de mayor protección por ser vía de acceso.

En el interior de la fortaleza, un muro transversal, orientado de Norte a Sur, parece dividirla, reservando una zona más interior (Fig. 2, 4). En el primer recinto así formado, aparecen junto a una curiosa estructura cuya función habría que relacionar con el almacenaje subterráneo de agua (Fig. 4, D), una serie de muros que responden a diversas construcciones interiores, probablemente de viviendas.

Al exterior de lo que propiamente debe entenderse como el núcleo de fortificación del asentamiento, llámese «castillo» o más apropiadamente alcazaba, aparece un muro muy deteriorado cuya interpretación más ajustada debería hacerlo coincidir con una barbacana que protegería el acceso contiguo (Fig. 2, 6). A su pie se halla una curiosa galería cuya descripción no queremos que pase desapercibida por las pintorescas opiniones populares que se recogen sobre ella. Se trata de un estrecho pasadizo que se introduce bajo la plataforma de la alcazaba dando lugar a una cámara, de la que se cuentan fantásticas leyendas, para pasar después a un pozo que acaba en un manantial. Como se ve, completa y variada riqueza la de esta simple galería de inexplicable construcción en la leyenda popular.

El camino de acceso, aún visible, sigue en zig-zag la línea natural de penetración, flanqueado a su derecha por la pronunciada pendiente del cerro. Una atenta observación puede descubrir lo que parecen ser los restos de un empedrado.

CONCLUSIONES Y CRONOLOGIA

Para la cronología de estos reductos defensivos, Bazzana llegaba hace poco a algunas conclusiones interesantes en las construcciones defensivas de la región valenciana. En todas ellas el encofrado de planchas paralelas (cajones) o *tābiya*, tanto de tierra (tapial), mortero (hormigón o argamasa) o mampostería, es el modo habitual de construcción, por lo que cronológicamente habría que pensar en épocas anteriores al s. XIII para su realización. Sin embargo, la mampostería normal, utilizada en la alcazaba, sería propia de construcciones posteriores que verían la introducción de nuevas técnicas militares, de modo principal de la artillería (Bazzana, 1980: 360). Precisamente es gracias a ésta y a la importancia que tuvo en la caída de la fortaleza de Alcalá de Ben Zaide (1341), fundamental para defensa granadina, por lo que Torres Balbás supone la construcción de este tipo de fortalezas o la reforma de las anteriores según estas características constructivas. (1972, II: 495.)

Es lógico que con la retracción de las fronteras de *al-Andalus* a lo que será el Reino de Granada, se impusieran nuevas necesidades defensivas en todas aquellas poblaciones o fortalezas que aún debían de cumplir una importante función militar. Esto obligó a una mejora, de alguna manera centralizada, de los sistemas defensivos, que actuó principalmente en la acumulación y complejización de defensas de los reductos centrales que se elevaban en un extremo de los recintos cercados de las poblaciones (Torres Balbás, 1949: 24-7). Las reformas actuaron de manera diversa según la amplitud y situación estratégica de estas construcciones, verdaderas alcazabas en algunos casos, pero más comunmente *celoquias* de reducidas dimensiones y estructura simple. No obstante el problema de la terminología está sujeto por ahora a bastantes controversias como para aplicar sin salvedades cualquier denominación.

El empleo generalizado de la barbacana, aumento de tamaño de los torreones, con la aparición de una torre mayor en uno de sus extremos y otros sistemas generalizados en la época, como el de la complejización de la entrada a los recintos, no fueron utilizados en la muralla del poblado según todos los indicios. Realmente ésta en sus dos recintos, nos presenta un sistema sencillo y barato de protección, que no sufrió, al parecer, importantes modificaciones.

En contraposición, la pequeña alcazaba se caracteriza por una estructura más evolucionada. A su distinto modo de entender la defensa responde su estructura simétrica según un eje longitudinal, dividida en dos recintos, cada uno de ellos con su propio aprovisionamiento de agua. El pequeño muro que a modo de barbacana se adelanta al conjunto de la fortificación presentaría, de poder confirmarse, una muestra de esta nueva concepción militar, funcionando como muro más bajo que evitaría un primer encuentro con la muralla principal. La entrada, al estar flanqueada por un torreón, multiplicaría también sus posibilidades defensivas.

Todo parece indicar que cuando Yusuf I recorrió los territorios orientales de su reino, en 1347, inspeccionando sus fortalezas, (C.E.S. 1972: 30) ya se encontraban perfectamente habilitadas las defensas de Marchena.

Así, pues, podemos pensar en el s. IX o X para la primera construcción del *hishn*, completada poco más tarde y antes del s. XII por el amurallamiento de la población. Con la retracción de las fronteras al Reino de Granada se realizaría una reconstrucción de la alcazaba, probablemente en dos momentos: el primero de ellos a mediados del s. XIII completado con la remodelación casi total de las defensas de la alcazaba de finales del s. XIII a inicios del s. XIV.

DEPOSITOS DE AGUA. ALJIBES Y EMBALSES

Si para su defensa la ocupación del cerro aprovechó los accidentes naturales, incluido el río Andarax, la corriente de agua no debió de ser demasiado copiosa ni demasiado seguro su abastecimiento. Esto y la escasa pluviometría hizo necesaria la construcción de grandes depósitos de agua que destacan entre las estructuras mejor conservadas y a la vez más definitivas de cualquier poblamiento musulmán.

Los aljibes, naves abovedadas y generalmente alargadas, constituyen uno de los medios más perfectos para conservar el preciado líquido en las resecaas tierras del Sur. De variadas dimensiones y tipología, hay que subrayar en primer lugar su sabia distribución en el conjunto del yacimiento, destacando su situación en el interior del reducto fortificado superior y en la última plataforma. Precisamente en ésta encontramos una larga nave de 16,4 m por 3,1 m, con tres contrafuertes dobles interiores de unos 38 cm de anchura de arranque «exento». Las dimensiones totales parecen estructurarse, sin embargo, en dos naves extremas de 3,97 metros de longitud y otras dos centrales de 4,43 m, pudiendo alcanzar, por tanto, los casi 18 m de longitud total, aunque la mayor destrucción y sepultamiento del extremo Noreste hace imposible determinarla con exactitud. La bóveda, que a diferencia del mortero de los muros es de mampostería, se halla hundida casi a nivel de su arranque (Láms. 6 y 7, Fig. 4,B).

En la plataforma media, junto a la muralla, aparece otro aljibe, cuya estructura fue al parecer modificada, pues nuevamente la falta de limpieza y la mala conservación nos impiden determinar este detalle. Hoy conserva unas dimensiones de 4,95 m por 4,37 m y unos muros de 47 cm de espesor. La construcción se inscribe en un muro más alto que la limita al Oeste y otro menor al Norte, donde se encuentra parte del arco de la bóveda. Al Sur, algunas excavaciones clandestinas nos han dejado ver una estructura contigua, de más amplias dimensiones, cuya caracterización es imposible por el momento (Lám. 8 y Fig. 4, C).

En la cumbre aparecen dos aljibes de diferente forma y dimensión. El primero de ellos adopta una planta trapezoidal, con un escalón en uno de sus extremos.

Mide 3,90 de longitud por 2,30 m de ancho mayor. Se sitúa entre dos muros paralelos, uno de ellos el que divide en dos recintos la extensión interior del «castillo». El segundo (Fig. 4, E), es una larga nave de 9 m por 2,98 m, adosada al Este al muro anterior con lo que abastecía al segundo recinto.

El aprovisionamiento de agua se completaría con la presencia, realmente excepcional, de una balsa o alberca de 18,62 m por 8,46 m con gruesos muros de 1,3 m, donde se pueden apreciar con claridad las huellas del encofrado. Está construida de sólido mortero. Por sí sola y calculando una profundidad de 2,5 m, podría recoger casi 400.000 litros de agua, cifra realmente considerable. Su situación puede plantear tanto el problema de su función como el de la recogida de agua. En cuanto a la primera, al encontrarse fuera y relativamente lejos (unos 40 m) de la muralla, se dificulta el aprovisionamiento humano, más si cabe cuando a la interperie tendería a corromperse el líquido, haciéndose no potable. Según esto, habría que pensar en otros aprovechamientos, el más factible de ellos el de regadío.

Al no encontrarse restos de aparatos hidráulicos o de algún pozo, parece más razonable que el agua fuera conducida desde algún lugar próximo, más alto. En este sentido nada tendría de particular que mediante conducciones apropiadas sirviera para conservar el agua sobrante embalsada en el aljibe de la primera plataforma. De ser cierta esta apreciación esto reforzaría la imagen de estricta economía y control de los recursos hídricos a la que se veía obligada una población numerosa que disponía de escasas posibilidades en este sentido.

En conjunto el agua embalsada en el yacimiento ascendería a unos 550.000 litros en el caso en que las estructuras se encontraran llenas. Tal era su capacidad de almacenaje que preveyendo un consumo teórico de poco más de 3 litros por persona y día permitiría abastecer a una población de más de quinientas personas durante casi un año (4).

MATERIALES ARQUEOLOGICOS

El material arqueológico superficial más abundante es el de la cerámica vidriada y la decorada con incisiones.

Dentro del primero son mayoría la de barniz verde en ataifores de época nazarí y muy escaso los de tonos azulados, blanquecinos o amarillentos. Algunos ejemplares presentan dibujos de letras en verde vivo sobre fondo más claro, también en las formas más corrientes del último período.

En cuanto a la cerámica pintada, su decoración es muy simple en sus dos variedades. La primera, sobre barro amarillento está decorada con negro manganeso, distribuyéndose la decoración en líneas paralelas de igual grosor, que a veces intentan un mínimo juego geométrico de líneas oblicuas paralelas y otros elemen-

tos (círculos y cuadros) que no llegan a completarse por lo fragmentado de los restos. La segunda, viene definida por su mayor escasez y presenta pintura roja sobre fondo claro de engobe color ocre. Líneas paralelas y triángulos parecen constituir su exigua inspiración.

El segundo grupo está compuesto de cerámica doméstica entre las que sobresalen por su abundancia las grandes tinajas con la típica decoración incisa geométrica en bandas en relieve, en las que también aparecen las unguilaciones. En un solo caso se ha podido identificar un tinaja con decoración estampillada.

Como único ejemplar de lujo, se halló un fragmento de cuerda seca con barniz de color verde muy claro.

Los datos cronológicos extraídos de este variopinto material están sujetos a la revisión de la cerámica andalusí. Así por ejemplo, cerámica con dibujos en rojo, de temas lineales aparecen desde época califal (Zozaya, 1982: 278) mientras que las piezas pintadas al manganeso parecen ser propias del s. XIII (Navarro, 1982: 320). La cuerda seca de verde y manganeso parece situarse en el s. X, desapareciendo en el siguiente (Zozaya, 1982: 314-15). De las grandes tinajas con decoración floral algunos piensan que son manufacturas malagueñas, propias del s. XIV y del anterior.

A las naturales limitaciones de una prospección superficial del yacimiento habría que añadir otros factores que posiblemente interfieran en la selección aleatoria de la muestra menoscabando su representatividad. Aunque no estamos aún en condiciones de caracterizar con exactitud todo el ingente material arqueológico, se puede destacar que las conclusiones deducidas de su análisis superficial confirman los datos históricos. De una parte los restos abarcan desde los ss. X al XV con importantes ausencias y notorias escaseces en la cerámica de lujo.

Entre otros materiales de interés, se ha podido localizar una pequeña moneda de cobre (telus) probablemente del s. XIV, actualmente en manos de su descubridor que amablemente ha permitido su estudio.

NECROPOLIS

Dos parecen ser las áreas de enterramiento del yacimiento. La primera se sitúa en la base del cerro, en las proximidades de la balsa, bajo las murallas del primer recinto y muy cercano al camino que hoy une Huécija y Alicún con Terque. Allí se encontraban hacia 1972-73 varios restos humanos, sin ajuar alguno, de los que no han sido posibles encontrar nuevos datos. Nuevos hallazgos se han producido en sus proximidades en Abril-Mayo de 1984.

La segunda zona corresponde al llamado Cerro de la Matanza, contiguo al Oeste del yacimiento. En este lugar es tradicional el hallazgo de huesos humanos, por lo que se creía popularmente que se había producido una «matanza» en alguna gran batalla de pérdida memoria.

Santiesteban (1930) nos describe una lápida en caracteres cúficos que compró en Terque a Emilio Paniagua Porras y que procedía del yacimiento sin determinar lugar ni fecha exacta del hallazgo. La inscripción, en actual paradero desconocido, decía según su traductor y nuevo propietario:

«Loor al Dios único / De este lugar (mundo) pasamos a otro / La vida está terminada / Dios te inspirará y te dirá lo que tienes que contestar, cuando llegue el día en que te pidan cuentas de tus obras / completamente borrada / Año 798 (1379) / Te entrevistarás y comparecerás ante Dios y tu alma entrará en el Berzah (Purgatorio) de donde pasará a la Gloria o al Infierno una vez juzgado por el tribunal de Dios / Dios te dé eterno descanso.»

Ignoramos que ha sido de este interesante hallazgo ni que forma y dimensiones tuvo, pues son las únicas noticias que conservamos, y ni Ocaña en su «*Repertorio de inscripciones árabes de Almería*» (1964) ni otros autores la mencionan.

RECINTOS MURADOS Y POBLACION

Desconocemos si Marchena llegó a contar con arrabales, comunes en las poblaciones muradas antiguas. La abundancia de restos arqueológicos en la vertiente Nordeste así podría confirmarlo aunque sería de pequeña extensión. Problema semejante plantearía la cercanía de Terque que a menos de seiscientos metros se extendía sobre algunos montecillos a cuyo pie se situó la nueva y actual población. El hecho de que este pueblo contara en 1572 con tres barrios, caso poco corriente en la zona, nos podría indicar que la población de Marchena había pasado en gran parte a Terque lo que justificaría que el despoblado pasara a formar parte de su término municipal.

En cuanto a la población, para determinarla en las ciudades muradas, Torres Balbás (1972, I: 94-104) ensayó una fórmula consistente en averiguar la relación entre tres variables (superficie media de la vivienda, número medio de personas en cada una y extensión del recinto murado que las cobijaba). Según esto, correspondería de modo aproximado a Marchena una población de 555 a 668 personas y con mayor precisión de 587 a 611 habitantes, extremo difícil de comprobar.

Problema diferente es poder determinar si los recintos construidos ampararon a una población totalmente estable o si sirvieron como refugio temporal de los asentamientos cercanos, tal y como Bazzana y Guichard han estudiado recientemente para la región valenciana. Esto no deja de ser improbable por varias razones. En primer lugar, los dobles recintos superpuestos difícilmente pueden actuar como un albacar, además éste es un muro de pocas posibilidades defensivas lo que contrasta con los torreones adosados que vemos en las murallas. En segundo lugar, los restos constructivos, aunque escasos (5), nos presentan una población murada, y habitada, al menos en su mayor parte. Por otra parte, re-

sultaría difícil que una población supuesta para la taha de 3.800 a 3.500 personas, pudiera recogerse en el interior de sus murallas (6).

Esto obligaría a estar en desacuerdo con Cressier (1984: 187) al confundir este «castillo» con amurallamiento urbano, pues algunas poblaciones traspasan la importancia de las simples alquerías, poblaciones que además son denominadas *ma-dīnat* por los autores árabes caracterizándolas como de amplia población o perduran de la época anterior. Berja (Villavieja) y Marchena tienen todas las características de ser poblaciones amuralladas, muchas veces con un sistema defensivo muy complejo, al que se superpone una estructura central de fortificación o alcazaba.

MARCHENA Y EL DISPOSITIVO DEFENSIVO DEL EXTREMO ORIENTAL DE LA ALPUJARRA

Aún siendo Marchena el centro defensivo más importante de la zona, ya desde un momento muy antiguo las comunidades rurales necesitaron de la construcción de pequeñas fortalezas para salvaguardar su independencia de un poder central que amenazaba con controlar su desarrollo o como protección ante la inestabilidad política reinante largamente en al-Andalus.

Quizá teniendo el mismo origen, estas pequeñas fortalezas fueron incapaces de poder estructurarse como importantes centros administrativos y políticos. Algunas condiciones, especialmente económicas, permitieron integrar estas funciones en el único ambiente urbano de la comarca. Marchena pudo, así, prosperar como una «ciudad» amurallada y reunir una amplia zona de influencia en una jurisdicción propia. Si los *hiṣn* habían organizado y amparado la vida rural, conforme avanza la organización administrativa esta fortalezas estructuran y encabezan las tahas. Pero Marchena ve entonces dividir el *iqḷīm* de Urs Qays al que pertenecía en tres zonas:

1. *Bajo valle del Andarax*, dependiente administrativamente de Almería, estructura su defensa en torno al Castillo de Mondújar (El Castillejo, Gádor), del que dependen la torre de alquería de Sta. Fe de Mondújar, posiblemente la famosa torre que protegería al despoblado del mismo nombre y el castilo de Zorracana (Gádor).

2. *Taha de Marchena*, aunque el problema del rebelde Azomor no está aún resuelto, estando sujeto a una ardua polémica (Tapia, 1976: 127-133), es más que probable que la Alhama que citan las fuentes, de ser almeriense corresponda a los baños de Sierra Alhamilla. Para ello habrá que seguir a Ibn Ḥayyān que nos relata las fundaciones de Pechina, los restos arqueológicos y a El Idrisí que nada nos dice en el s. XII sobre una fortaleza en la actual Alhama de Almería. Sea

como fuera, en los últimos siglos de los musulmanes en España se había levantado una *fortaleza* en esta población, que dependía de la cercana Marchena y se encontraba perfectamente comunicada visualmente con el *hışn* de Alboloduy y con El Castillejo de Gádor. Se trata de una pequeña fortaleza en un cerrete al pie del Cerro de la Cruz o Milano, por encima del afloramiento natural de aguas de Alhama, a unos cincuenta m sobre la población. Una torre de 4,27 por 4,55 m protege la entrada hoy completamente destruida, según un sistema defensivo desarrollado a partir del s. XII. Un muro longitudinal, mal conservado, acaba en una torre-fortaleza o baluarte, que ocupa la cima de la elevación. Se trata de una construcción de 5,25 por 2,45 m en uno de sus extremos, compartimentada. Al S.O. se completa un muro de 10,5 m, mientras que al Sureste parece abrirse la entrada en un muro de 8,8 m de longitud (Fig. 6). La obra es de mampostería, con enlucido exterior de tierra y yeso basto en la torre inferior. Los restos arqueológicos recogidos vendrían a confirmar su tardía construcción, que quizá corresponda ya al s. XIV, todo lo más a finales del s. XIII.

3. *Taha de Alboloduy*. El Hizán, fue el lugar fortificado de la zona que con la repoblación cambió de nombre por el actual Alboloduy. Se trata de una atalaya mal conservada de paredes «perfectamente alineadas», midiendo la más alta 2,75; mientras que la base es casi un cuadrado de 4 por 4,56 m (González, 1975: 97). La cúspide del cerro (conocido como Peñón del Moro) se encuentra a unos 120 m sobre el río y es una explanada rectangular, de 15 por 4 m, en cuyo extremo se sitúa la construcción más visible (Matarin, 1974 a). Aunque también se hallaron restos romanos (Matarin, 1974 b), la cerámica parece corresponder a los ss. XIII y, sobre todo, al XIV.

Aunque sin confirmación arqueológica hasta el momento, algunos topónimos de la zona de estudio hacen referencia a estructuras de defensa desconocidas. «El Castillo» es un topónimo que se repite en Rágol y en Instinción que sepamos, asociado en su proximidad a restos medievales. Un estudio arqueológico más detenido que se abordará próximamente permitirá dentro de lo posible dilucidar este problema, que algunos autores como Cressier creen fundamental para el conocimiento del desarrollo histórico del hábitat musulmán en La Alpujarra.

MARCHENA Y SU TAHA POBLACION Y ECONOMIA. LAS VIAS GANADERAS

El poblamiento medieval de la taha de Marchena, siguió, según todos los indicios, el patrón general de hábitat musulmán y de modo especial el característico del Reino de Granada. Las pequeñas poblaciones de estructura concentrada se situaron en elevaciones de escasa altura que dominaban la vega circundante. Salvo en el caso de Marchena, que sepamos, jamás se eligió un emplazamiento

en altura, fuertemente defensivo o de carácter más estratégico que agrícola. Por esto se concentraron en la zona del valle del Andarax sin que se pueda descartar la utilización de las posibilidades agrícolas en algunas zonas de la Sierra, como los pagos de La Zarba en Terque o de Gatuna en Alhama (7), donde posiblemente se construyera algún *micchar* o cortijo.

Estas poblaciones sufrieron el abandono y traslado de las laderas de estas elevaciones a los llanos inmediatos. En su ubicación actual coinciden algunas veces con su emplazamiento primitivo (Alhama) se trasladan unas cuantas decenas de metros (Bentarique) o llegan a crear un asentamiento nuevo (Instinción), siendo sin embargo más comunes los dos primeros casos. Razones especiales motivaron otros cambios de residencia como fue el de Alhama a Galachar, a orillas del Andarax. En este caso fue hacia 1522 cuando un terremoto desecó la fuente y se produjo la emigración de toda la población a esta cortijada, ocupada temporalmente, según era necesario para los cultivos.

Tras la conquista cristiana y posterior rebelión morisca, si la mayoría de los lugares fueron repoblados, según las noticias de Mármol (1946: 205) quedaron como despoblados Rague, Surgena y Gador Hor de difícil ubicación actual pues contamos con restos de algunas poblaciones que es imposible correlacionar a su nombre primitivo. Tanto estos como de los que conocemos nombre y emplazamiento, parecen corresponder en su importancia a los ss. XIII al XVI. A estas poblaciones mayores correspondían pequeños aldeaños o caseríos temporales (como Galachar a Alhama) y a su vez estaban formados por algunos barrios como los de Terque (Alocayan, Onayan y Alberca) que más que nada obedecerían a la fragmentación del terreno en ramblas y alturas.

Los cementerios siempre se situaron en las inmediaciones de los asentamientos. Tipológicamente son pobres y repetitivos. Están formados por fosas recubiertas de losas de piedra, con el cadáver de costado siguiendo la orientación tradicional. Se cubrían con cuatro losas. La única excepción conocida es la del cementerio de Bentarique viejo, compuesto por tumbas a modo de tejadillo, formadas por losas verticales y otras oblicuas.

Entre todas estas aldeas o alquerías, Marchena siempre disfrutó de las ventajas de su posición preeminente, de la seguridad de sus muros y de una visualidad protectora con la que se englobaba a todos ellos. Por esto vertebró un centro político del que dependieron las pequeñas poblaciones vecinas. Sólo Alhama pudo contar hacia el final del período nazarí con una pequeña fortificación, conocida como Los Castillejos (Fig. 6) en la que poder refugiarse la población, en este caso más numerosa del común de las poblaciones restantes de la taha (8).

Las fortalezas encabezaron en la historia de al-Andalus los distritos en los que se dividían el territorio. Como unidades administrativas englobaron amplios núcleos de población que se contraponían claramente a las poblaciones rurales. Es a través de ellas por las que se domina fiscal y políticamente a aldeas y alquerías,

pequeñas poblaciones que constituyen comunidades campesinas formadas por grupos familiares patrilineales opuestas tradicionalmente al poder centralizado (Guichard, 1982: 91). Estas poblaciones tomaban muchas veces como topónimo el gentilicio de la familia que la habitaba como es en la zona Bentarique (Banū Tāriq).

Conservamos escasos datos para poder reconstruir la economía de la zona en época medieval, por más que el cúmulo de información recogida en la documentación que originó el levantamiento y expulsión de los moriscos pueda darnos una visión retrospectiva.

La agricultura fue la base económica fundamental, una agricultura que explotaba sistemáticamente las posibilidades de regadío del valle pero que no abandonaba los terrenos de secano, situados normalmente en las alturas de la Sierra, donde se podía recoger la cebada y en menor medida el trigo. Los cultivos mencionados por algunas fuentes del s. XVI son los comunes a la Alpujarra y comprenden:

- Parrales y olivos: en los secanos próximos a las poblaciones.
- Arboles frutales.
- Morales y moredas para el cultivo de la principal fuente de riqueza: la seda; en una proporción de más del doble de moredas que de morales.

El regadío se realizaba en base a fuentes o manantiales naturales situados en las inmediaciones de las poblaciones en los que muchas veces se recogía directamente el agua en los embalses. Tal son los casos de las fuentes de Alicún y la Posnilla (Bentarique) en la que el agua nace en el interior de grandes albercas. Las fuentes eran muy numerosas por la propia geología del territorio aunque generalmente de escaso caudal. Como era tradicional, el agua fue pública y la propiedad estuvo ligada al regadío. El único ejemplo contrario lo tenemos ya con la conquista cristiana en la Fuente de Alicún, cuya propiedad fue concedida al converso Alonso Bānegas Belvis, vecino y regidor de Almería que había colaborado con los Reyes Católicos en la pacificación de la zona. Otro medio de conseguir el agua, aparte de cimbras, boqueras, etc., fue el de las galerías que atravesaban los terrenos hasta interceptar alguna corriente de agua subterránea. Entre ellas se encuentra la llamada «Cueva de Las Palomas» en Galachar (Alhama), actualmente casi cegada por los sedimentos del río Andarax.

Dentro de lo posible se han podido reconstruir las vías ganaderas de la taha de Marchena, utilizando diversidad de datos suministrados por la toponimia y, especialmente, informaciones verbales de algunos pastores que aún practican una corta trashumancia. También se ha recurrido a la documentación existente en algunos archivos municipales, escasa y mal conservada en los pocos casos donde existe.

La importancia de estas vías estriba en su perduración y continuidad histórica por encima de avatares políticos, siempre que mantuvieran su rentabilidad eco-

nómica. Todo ello en la medida en que un desarrollo, agrícola ha necesitado el complemento de la ganadería, por una parte, y por otra en la que el mismo desarrollo de ambas ha producido una reglamentación apropiada y la delimitación de los pasos y territorios de sendas actividades.

Sabemos que los baldíos de cada taha eran de aprovechamiento comunal y que a veces se establecían mancomunidades de pastos entre los pueblos vecinos (Martín Galindo, 1975). Pero desconocemos aspectos concretos (económicos y jurídicos) que nos permitan caracterizar ampliamente este recurso económico hasta la caída del Reino de Granada. Sin embargo, datos sueltos y la persistencia de construcciones de clara funcionalidad ganadera, nos permite suponer su importancia.

En efecto, aunque su problemática general y especialmente su cronología esté sujeta a controversia (9), los aljibes, pueden ser entendidos como importantes construcciones, posiblemente fundaciones privadas o locales, relacionadas con la ganadería en la mayoría de aquellos casos en los que aparecen aparentemente aislados en las zonas rurales de nuestra geografía.

En la comarca estas construcciones son escasas, según se están poniendo en relieve a través de la prospección sistemática que se está efectuando. Sin embargo aparecen claramente asociadas a las vías pecuarias más importantes. Estas comunicaban, de una parte, las zonas cultivadas (vegas) del valle del Andarax con las llanuras montañosas de Sierra de Gádor. De otra, servían de paso en un recorrido más amplio que unía longitudinalmente Sierra Nevada con el Campo de Níjar a través de la Sierra de Gádor. Por último, también eran utilizadas como paso desde la taha de Alboloduy, (comunicada a su vez con la cañada real de Granada) al Norte, con el Campo de Dalías o los Llanos de Roquetas, al Sur.

A pesar de que las características particulares de estos aljibes están pendientes de un estudio pormenorizado, destacan de los de otras zonas provinciales por sus amplias proporciones, la distancia a la que se sitúan unos de otros y por formar un interesante sistema que se puede articular tanto de Norte a Sur, siguiendo tres vías principales, como de Este a Oeste, uniéndose según un eje longitudinal. El complejo así formado puede actuar según unos pastos comunes de verano, localizados en las alturas de Sierra de Gádor, que están compartidos al menos por las poblaciones de las tahas de Marchena y los que comprendía la antigua taha de Almerijar, adscritos estos últimos con la conquista al término de la ciudad de Almería; mientras que en invierno puede haber opción, siguiendo el camino de las vertientes, al Norte o al Sur. Es precisamente en esta zona de aprovechamiento común, recorrida por vías ganaderas de diverso carácter e importancia, donde aparecen los aljibes que forman el sistema más complejo de la zona.

Primeramente se localiza el Aljibe de la Chanata o de la Chana (Fig. 7, n.º 1), después el de la Zarba, del Marqués o de Atatar (Fig. 7 n.º 2) y tras éste el de los Giles o Jaijón (Fig. 7, n.º 3). Estas últimas denominaciones son las utilizadas en un documento conservado en el Ayuntamiento de Terque de 1572, posiblemente

el Libro de Apeos y Repartimiento que colocaba en ellos los mojones del término (Santiesteban, 1930). Denominación y fecha reafirman la opinión de que estas construcciones sean, con toda probabilidad, musulmanas. Además está el hecho de la semejanza constructiva entre el Aljibe de los Giles (Lám. 10) con el aljibe inferior del Cerro Marchena (Láms. 6 y 7), ambos con contrafuertes interiores. Este es un elemento excepcional dentro de la generalidad de los aljibes almerienses y puede permitir fechar al primero a partir del segundo (10).

En cuanto a su función y tipología hay un elemento que no aparece en los urbanos y que resulta significativo. La presencia de puerta y escalones de bajada en uno de sus extremos, a diferencia de una lumbrera practicada en el centro de la bóveda, que ayuda a mantener una mínima limpieza interior y aprovisionarse de agua en los de las zonas rurales. Esta abertura es más útil para llenar los abrevaderos contiguos que, en los casos de la perduración de su utilización, aún se conservan.

El sistema de abrevaderos se completaba entre otros menores con la llamada Balsa del Carretero (Fig. 7, n.º 4), lindando ya con Canjáyar y con otros aljibes menores en la prolongación de las vías Norte-Sur [aljibe del Collado, Illar (Fig. 7, n.º 5), Aljibe del Campillo de Huécija].

Aún estamos lejos de comprender la importancia de la ganadería en al-Andalus y de modo especial en el Reino de Granada. Sin embargo, numerosas fuentes hispano-árabes tardías nos aseguran su fuerte explotación y la importancia que sus productos tuvieron para la economía campesina. Por esto, no son de extrañar las frecuentes alusiones a los buenos pastos, a la gran producción de leche y queso o a la abundante ganadería en las descripciones de algunas zonas del Reino de Granada, sobre todo en aquellas que, por ser montañosas o fronterizas, no permitían otro tipo de explotación. Dentro del aprovechamiento exhaustivo al que se someten todos los recursos económicos en la época nazari, la ganadería desempeñó un importante papel en algunas zonas almerienses, aunque en otras, como la presente, no tengamos ninguna información, salvo Mármol (1946: 205) que se refiere a que era ésta una taha abundante en ganados y con menor arbolado que la de Lúchar.

NOTAS

- (1) En las proximidades del embalse, ya al exterior de las murallas, se encontró un pequeño fragmento de cerámica sigillata, al parecer sudgálica, del s. II. El mismo topónimo de Marchena es una forma derivada del antropónimo Marcius como recoge C. V^a Hernández Carrasco («El mozárabe, catalano-aragonés, valenciano y murciano reflejados en la toponimia provincial»). Ana-

- les Univ. de Murcia. Filosofía y Letras, vol XXXVI, nº 1-2. Murcia, 1979, pp. 59-150).
- (2) Según cuenta Eladio Guzmán («Pueblos del Andarax», Almería, 1977; p. 124), la expoliación arqueológica fue una práctica habitual entre los vecinos de Terque.
 - (3) Luis de Mármol (1946: 189) nos lo explica de la siguiente manera: Taha quería decir cabeza de partido o feligresía de gente natural africana. Por se la Alpujarra fragosa y estar poblada de gente «bárbara e indómita», los monarcas musulmanes tomaron la determinación de dividir las en alcaldías y repartirlas entre los mismos naturales de la zona. Después de haberse construido los castillos y fortalezas, se impusieron los gobernadores y alcaides granadinos con alguna gente de guerra. También había en cada taha un alfaquí mayor que tenía lo espiritual a su cargo.
 - (4) El sistema para mantener potable el agua de los aljibes es bien sencillo, aunque no existan medidas exactas. Una vez construida la obra se tapiza todo el fondo con cal viva y se deja reposar algún tiempo. Después, cada seis meses, se vierten unos tres kilogramos de cal viva por cada 4.000 a 5.000 litros de agua embalsada.
 - (5) Entre los restos de ladrillo encontrados hay gran variabilidad en su grosor. No así en las demás dimensiones (24 por 12 cm y 27 por 12 cm) que corresponden por su carácter tardío a la adaptación y reducción de medidas del ladrillo almohade.
 - (6) Según Ladero Quesada («La repoblación del reino de Granada anterior al año 1500», Hispania, 110. Madrid, 1968, pp. 259-292) la taha de Marchena contaría con la conquista cristiana con unos 800 vecinos, es decir unas 3.600 personas.
 - (7) En el Libro de Apeos y Población (1573), conservado en una copia de finales del s. XVIII en el Archivo Parroquial de Alhama, se inventarían cincuenta fanegas de secano en el pago de Gatuna.
 - (8) Antes de la rebelión, Alhama contaba con unos trescientos a trescientos veinte habitantes aprox. y con ochenta y dos casas.
 - (9) Algunos autores pretenden que estas construcciones son siempre de época romana, aun en el caso en que se encuentren dentro de fortalezas medievales, sin ningún resto arqueológico romano fiable. Ver Gil Albarracín, (1983): «*Construcciones romanas de Almería*». Almería, especialmente p. 102.
 - (10) Sin duda es el aljibe de la Chanata el más importante de toda la zona tanto por sus amplísimas proporciones como por su perfecta semejanza con el aljibe de la plataforma inferior de Marchena, con sus característicos arcos interiores de apoyo. Por su parte, el del Marqués, en La Zarba, es un embalse sencillo cubierto por la típica bóveda de cañón, hoy totalmente conservada.

BIBLIOGRAFIA

BAZZANA, A. (1983 a): «*Typologie...*»: *Les habitats fortifiés du Sharg al-Andalus*. En BAZZANA, A., GUICHARD, P. Y POISSON, J.M.: «Habitats fortifiés et organisation de l'espace en Méditerranée médiéval», Lyon, 1982. París, pp. 19-27.

(1983 b): «*Les structures: fortification et habitat*». En BAZZANA, A., GUICHARD, P. y POISSON, J.M.: «Habitats fortifiés et...» París, pp. 161-172.

C.E.S. (Consejo Económico-Social) (1972): «*Bases para el Estudio de la Economía del Reino Nazarí*». Granada.

CRESSIER, P. (1984): «*Las fortalezas musulmanas de la Alpujarra (provincia de Granada y Almería) y la división político-administrativa de la Andalucía oriental*». Arqueología Espacial, Teruel, 1984, pp 179-199.

CRONICA anónima de *Abd-al-Rahman III al Nasir, Una*. (1950). Edic. y traduc. de Levi-Provençal y García Gómez. Madrid-Granada.

DALLIERE-BENELHADJ, V. (1983): «*Le "Chateau" en Al-Andalus: un probleme de terminologie*». En BAZZANA, A., GUICHARD, P. y POISSON, J.M.: «Habitats fortifiés et...» París, pp. 63-67.

GARCIA MERCADAL, J. (1950-62): «*Viajes de Extranjeros por España*», Madrid.

GONZALEZ LOPEZ, N. dtor. (1975): «*Guía turística y comercial de Almería y provincia*». Almería.

GUICHARD, P. (1983): «*Géographie historique et histoire sociale de habitats fortifiés ruraux de la région valencienne*». En BAZZANA, A., GUICHARD, P. y POISSON, J.M.: «Habitats fortifiés et...» París, pp. 93.

JOVER Y TOVAR, F. (1914): «*El Castillo de Marchena*». La Alhambra, 384-85, XVII, pp. 103-6 y 126-29.

LADERO QUESADA, M. (1956): «*Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)*». Madrid.

LAFUENTE ALCANTARA, M. (1843-46): «*Historia de Granada y de us cuatro provincias*». Granada.

MARMOL, L. de (1946): «*Historia de la Rebelión y Castigo de los Moriscos del Reino de Granada*». En B.A.E., XXI. Madrid.

MARTIN GALINDO, J.L. (1975): «*Paisajes agrarios moriscos en Almería*». Estudios Geográficos, 140-141, Madrid, pp. 673-695.

MARTINEZ MARTINEZ, M. (1984): «*La cabalgada de Alhama (Almería) en 1500*». Miscelánea Medieval Murciana, vol XI, pp. 69-101.

MATARIN GUIL, M.F. (1974 a): «*El Peñón del Moro, vigía árabe de la Villa de Alboloduy*». La «Voz de Almería», 9-8-1974, p. 9

(1974 b): «*Alboloduy en la toponimia «lug». Los hombres del neolítico y la toponimia almeriense*». «La Voz de Almería», 8-10-1974, p. 8.

NAVARRO PALAZON, J. (1980): «*Cerámica musulmana de Murcia (España) con representaciones humanas*». En «*La céramique médiévale en Méditerranée. Colloques Internationaux CNRS, Valbonne, 1978*». París, pp. 317-320.

ROSELLO-BORDOY, G. (1980): «*La Céramique arabe à Majorque (problèmes chronologiques)*». En «*La céramique médiévale en...*» París, pp. 29-309.

SANTISTEBAN Y DELGADO, J. (1930 a y b): «*Expedición científico-arqueológica a siete pueblos. Terque (historia)*». Folletones de «*La Independencia*», 17-10-1930.

(1930 c): «*Idem. El Castillo de Marchena y las grutas*». Idem, 19-10-1930.

SIMONET, F. J. (1860): «*Descripción del Reino de Granada*». Madrid.

TAPIA GARRIDO, J.A. (1976): «*Historia General de Almería y su Provincia, II. Almería musulmana (711-1147)*», Vitoria.

(1978): III, «*Almería musulmana (1147-1482)*». Almería.

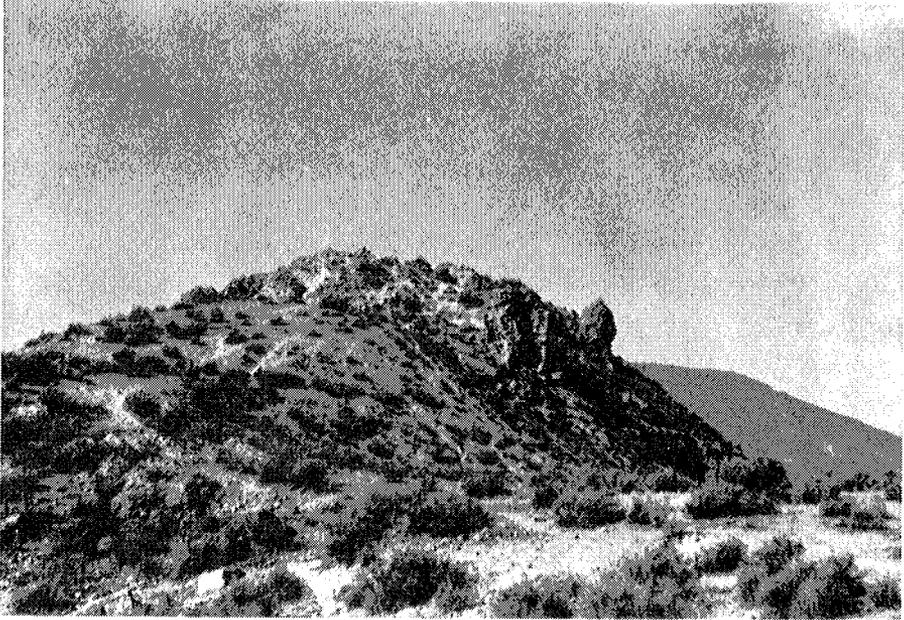
TORRES BALBAS, L. (1949): «*Arte Hispano-almohade*». En *Ars Hispania IV*. Madrid, pp. 9-70. «*Arte nazarí o granadino*». Idem., pp. 73-231.

(1972): «*Ciudades hispano-musulmanes*». T. I y II, Madrid.

TORRES DELGADO, C. (1974): «*El antiguo Reino Nazarí de Granada (1232-1340)*». Granada.

ZOZAYA, J. (1980 a): «*Aperçu général sur la céramique espagnole*». En «*La céramique médiévale en...*» París, pp. 265-96.

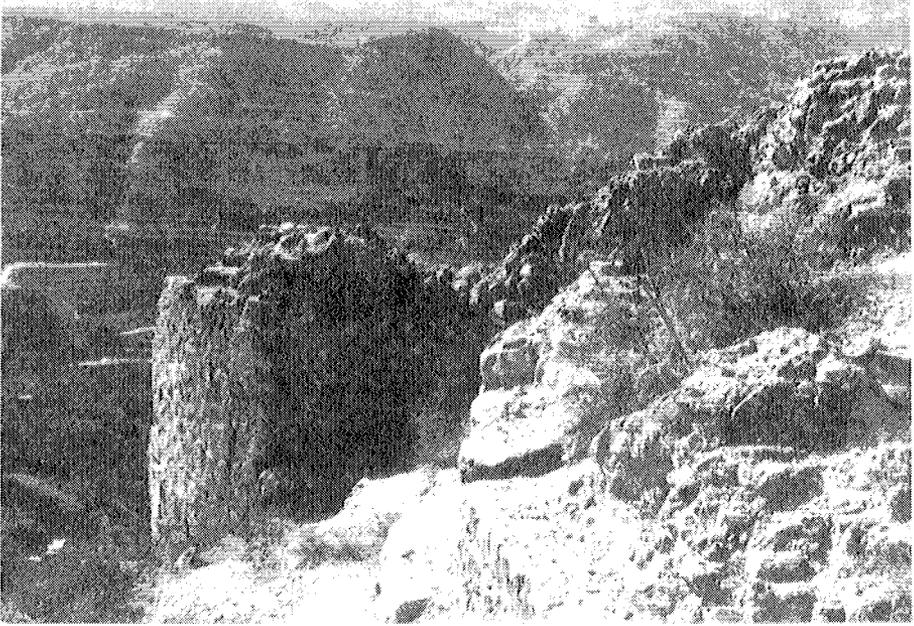
(1980 b): «*Essai de chronologie pour certains types de céramique califale andalouse*». En «*La céramique médiévale en...*» París, pp. 311-15.



Lám. 1.— Vista general de la alcazaba del cerro Marchena. A la derecha la llamada «Garita», uno de los torreones mejor conservados.



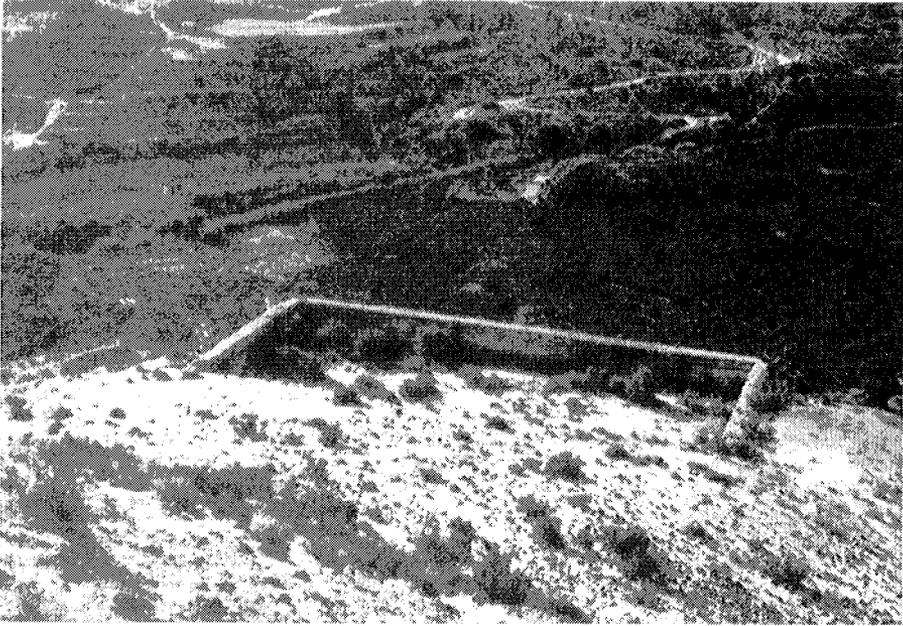
Lám. 2.— Torreón en un ángulo de la fortaleza. Obsérvese el muro que la prolonga hasta formar la barbacana. Al fondo, Huéctija.



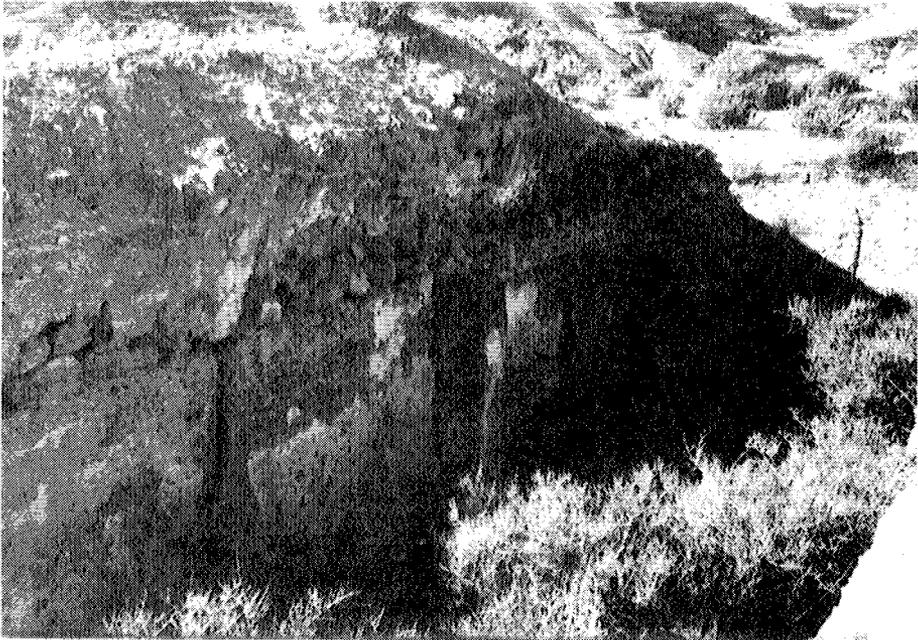
Lám. 3.— Pequeño torreón adosado a uno de los ángulos de la alcazaba. Al fondo los típicos cultivos aterrazados.



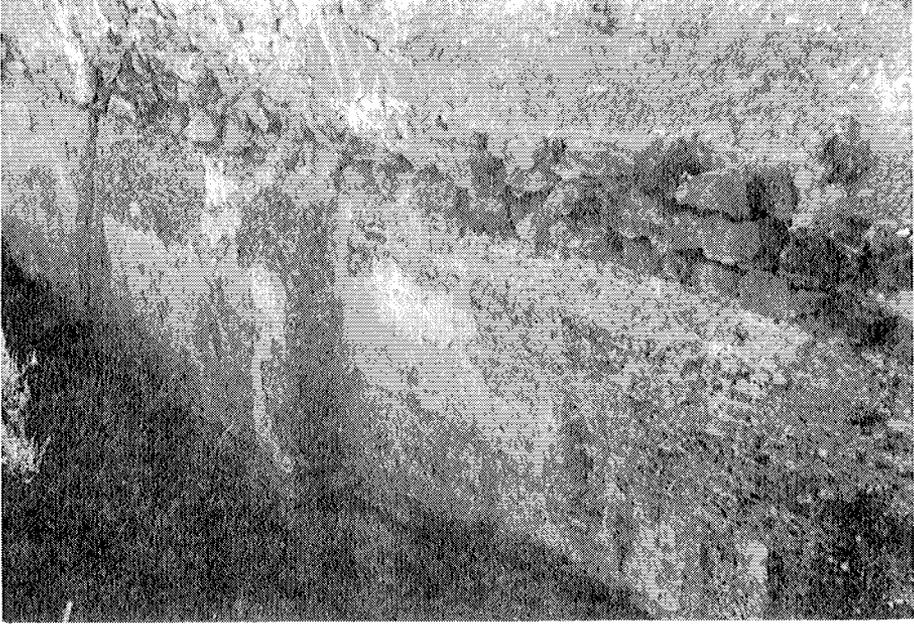
Lám. 4.— El llamado «Libro de Mahoma», lienzo de muro caído que muestra ranuras del entablamento.



Lám. 5.— Vista del embalse desde la muralla inferior, hoy parcialmente relleno de sedimentos.



Lám. 6.— Aljibe inferior desde uno de sus extremos.



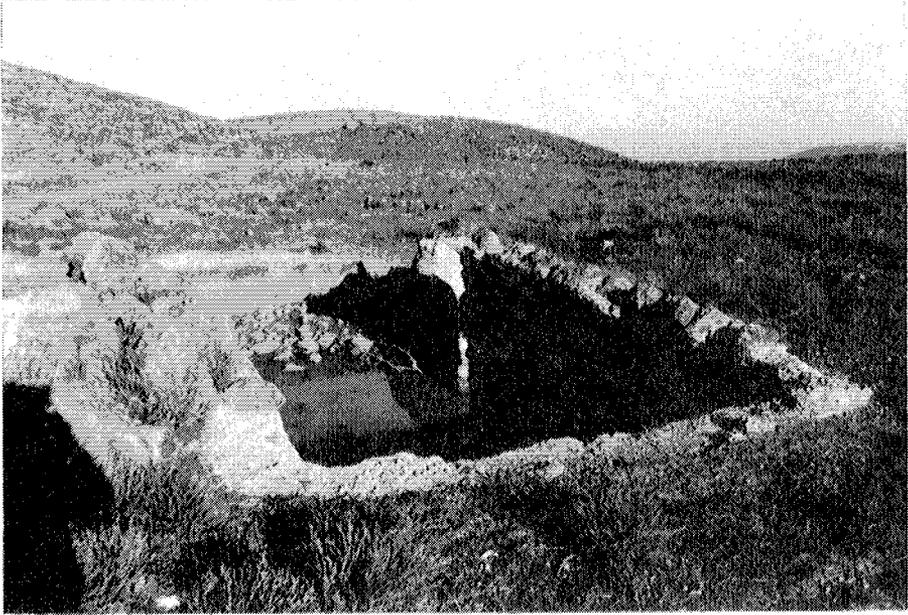
Lám. 7.— Detalle del aljibe inferior. Obsérvese la diferencia de obra de la construcción.



Lám. 8.— Aljibe de la plataforma media.



Lám. 9.— Aljibe del segundo recinto de la alcazaba, el mejor conservado.



Lám. 10.— Aljibe de los Giles, mojón de término entre varios municipios de la comarca.

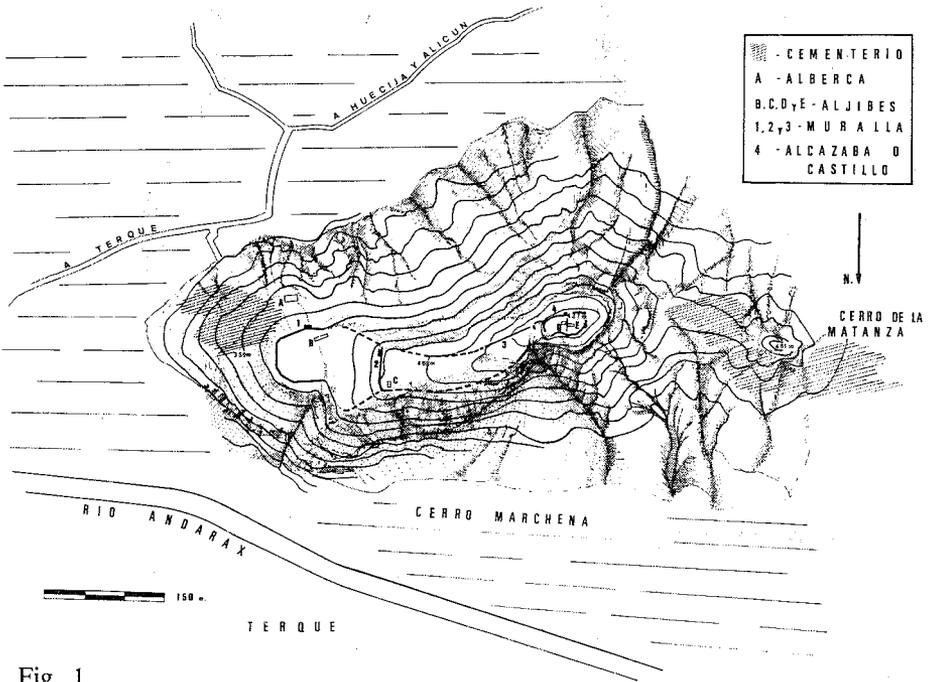


Fig. 1

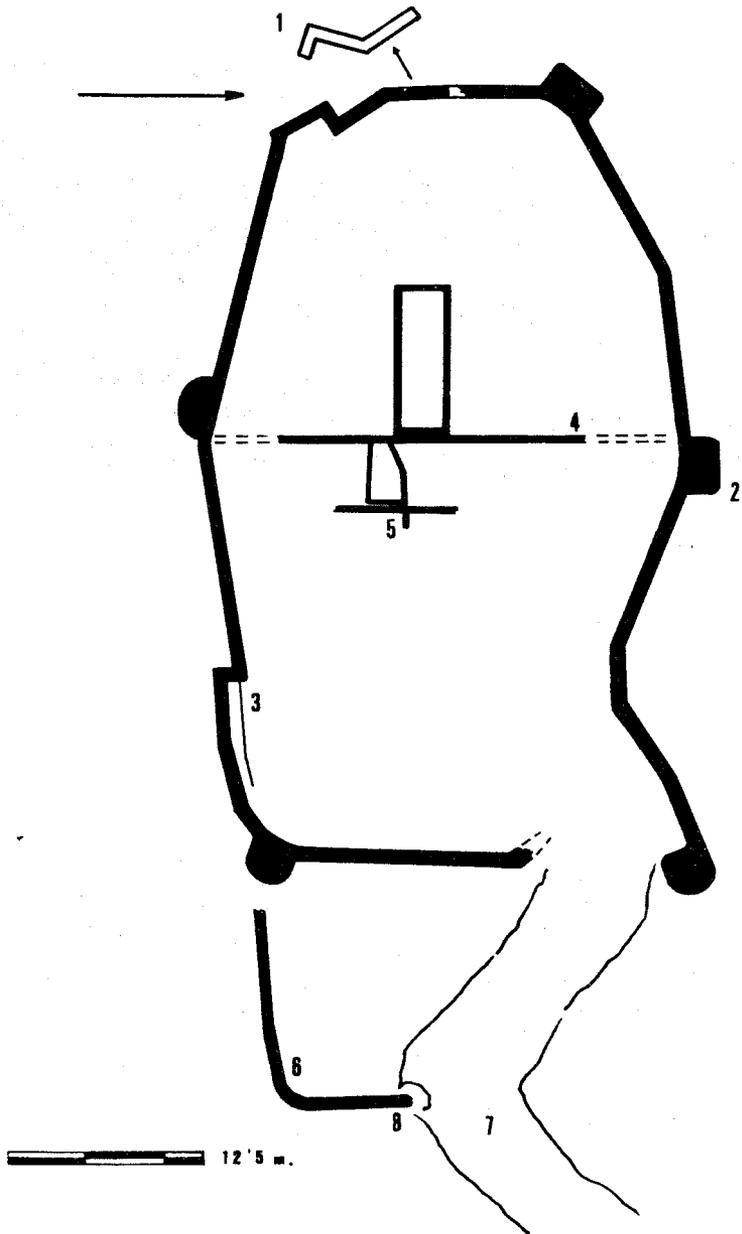


Fig. 2

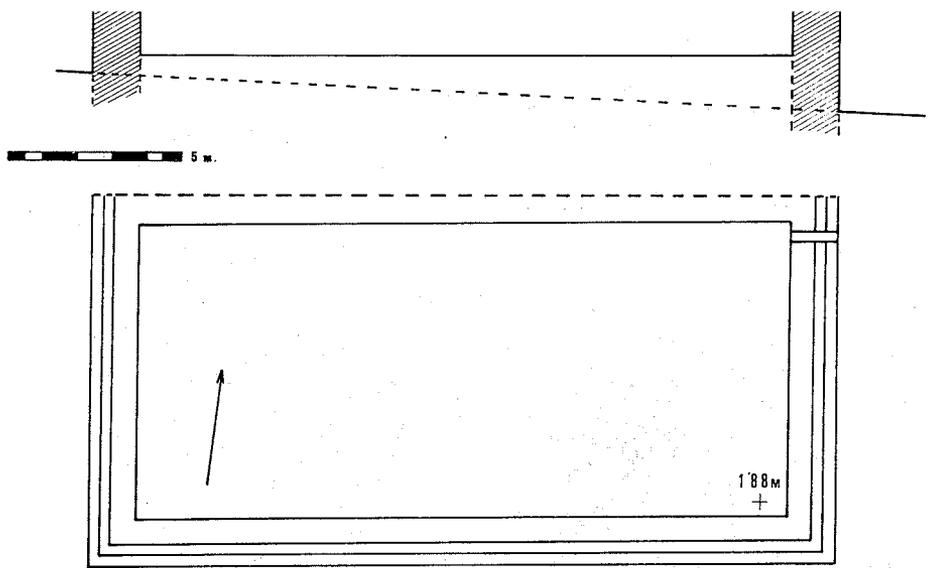


Fig. 3

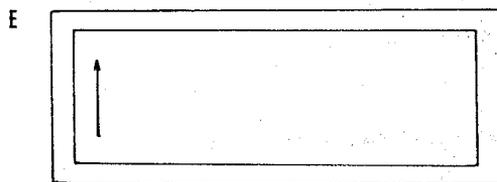
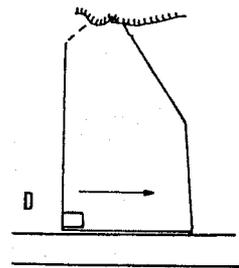
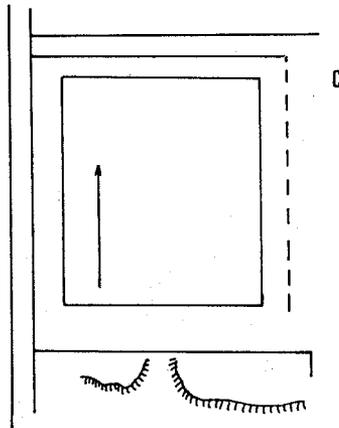
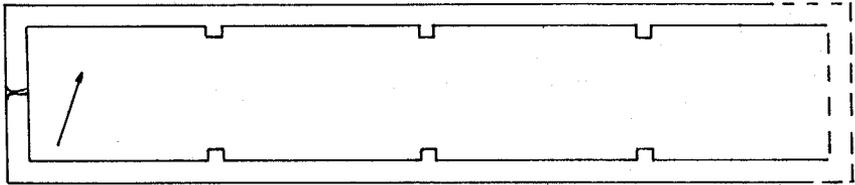
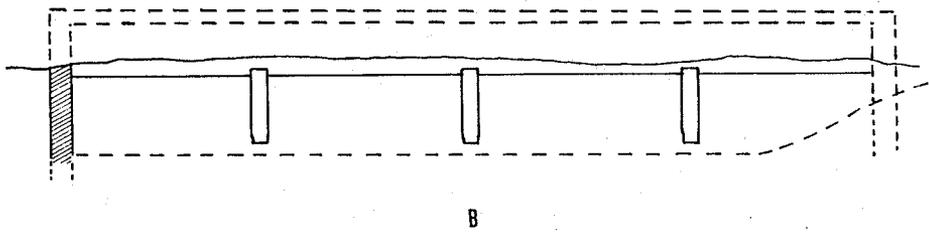


Fig. 4

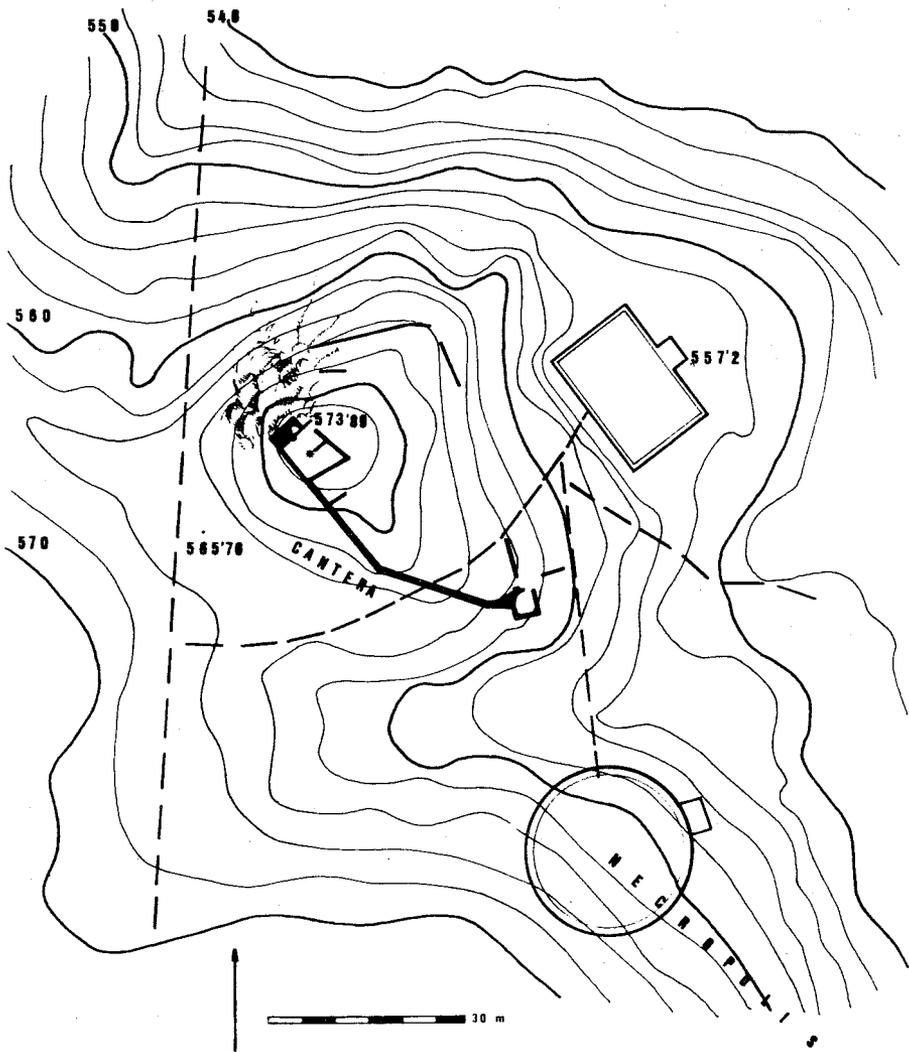


Fig. 5

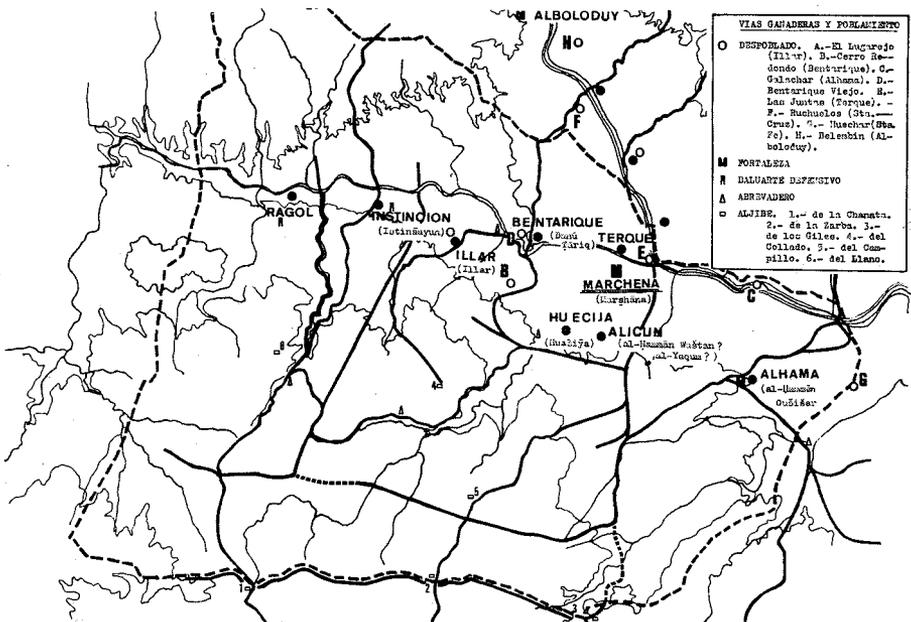


Fig. 6